

EL
PODER DE
LOS NOMBRES
JESÚS

TONY EVANS



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

THE POWER OF JESUS' NAMES

Copyright © 2019 by Tony Evans
Published by Harvest House Publishers
Eugene, Oregon 97408
www.harvesthousepublishers.com

Edición en castellano: *El poder de los nombres de Jesús* © 2021 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Traducción: Rosa Pugliese

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “RVA-2015” ha sido tomado de la Reina Valera Actualizada © 2015 por Editorial Mundo Hispano. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NTV” ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NBLA” ha sido tomado de la Nueva Biblia de las Américas, © 2005 por The Lockman Foundation. Todos los derechos reservados.

Las cursivas en el texto bíblico son énfasis del autor.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5926-9 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6834-6 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7659-4 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 30 29 28 27 26 25 24 23 22 21

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

CONTENIDO

La celebridad de Jesús. 7

Parte 1: Poder en su posición

1. Emanuel.	13
2. El Alfa y la Omega	31
3. Rey.	45
4. Cordero de Dios.	63
5. Gran Sumo Sacerdote.	85
6. Soberano	101

Parte 2: Poder en su persona

7. Yo Soy	123
8. Señor	145
9. Jesús.	165
10. Cristo.	185
11. Hijo de Dios, Hijo del Hombre	207
12. La Palabra.	223
Hay algo asombroso en ese nombre	239
Dr. Tony Evans y la Alternativa Urbana	245

RECONOCIMIENTOS

Quiero agradecer a mis amigos de *Harvest House Publishers* por su constante colaboración en el material impreso de mis pensamientos, estudios y palabras. Quiero agradecer en particular a Bob Hawkins por su amistad a lo largo de los años, como también por su búsqueda de la excelencia en el liderazgo de su compañía. Me gustaría agradecer públicamente a Terry Glaspey, Betty Fletcher y Amber Holcomb por su ayuda en el proceso de edición. Sumado a ello, mi aprecio se extiende a Heather Hair por sus habilidades e ideas en la colaboración de este manuscrito.

LA CELEBRIDAD DE JESÚS

Vivimos días de celebridades artificiales y sustitutos de celebridades. Son personas que buscan renombre por medio de la popularidad, la posición o el poder. Todos quieren ser reconocidos. Algunos de nosotros hasta nos ponemos una camiseta con el nombre de un deportista solo para identificarnos con él, alguien que jamás conocimos.

Las redes sociales también han presentado muchas formas de celebridades a nuestro mundo. Ahora podemos sentir que tal vez conocemos a los famosos porque vemos sus publicaciones en Instagram, leemos sus blogs o escuchamos sus *podcasts*. Podría *parecer* que los conocemos, pero solo sabemos lo que ellos deciden revelar. Sin embargo, nunca es suficiente, y las redes sociales han dado lugar a un fenómeno conocido como “celebridad instantánea”. Según el número de seguidores que tiene una persona en línea, él o ella pueden recibir propuestas de patrocinadores y tantos otros.

Parece como si, en el mundo de hoy, estuviéramos rodeados de celebridades o imitaciones baratas de celebra-

des. Hay gran cantidad de personas en nuestra cultura de las cuales tenemos real consciencia, ya sea por sus talentos, sus destrezas deportivas o su presencia en las redes sociales. Sin embargo, la popularidad de un famoso promedio disminuye con el paso del tiempo. Y, aunque logren mantenerla por más de lo habitual y los homenajeen con monumentos o desfiles en su nombre, la mayoría de la gente solo pensará en ellos cuando lean libros de historia, miren un desfile o visiten un monumento.

Personas con grandes plataformas podrían parecer deslumbrantes en este momento. Su número de seguidores podría ser enorme; pero, con el tiempo, todo se disipa.

Sin embargo, hay un nombre que nunca cayó en el olvido ni nunca lo hará: el nombre de Jesús.

Nunca publicó un libro, aun así, hay más libros escritos sobre Él que sobre cualquier otro tema. Jamás escribió una canción, aun así, hay más canciones compuestas sobre Él que sobre cualquier otra persona del mundo. Nunca viajó físicamente a más de 500 kilómetros del lugar donde nació, aun así, casi no hay ningún lugar de la tierra donde no se conozca su nombre. Nuestro calendario está determinado por su entrada en la historia de la humanidad. Su notoriedad solo crece con el paso del tiempo, a pesar de que hace 2.000 años que no está físicamente en este planeta.

Jesús es una celebridad única. Los negocios cuentan con las ganancias que harán el día de su cumpleaños. Saben que, cuando llegue ese día, experimentarán un enorme crecimiento en las ventas. Familias se juntarán en todo el mundo a celebrar su resurrección. Los cuatro Evangelios brindan un relato de su nacimiento. Y Pablo hace un resumen teológico de por qué

Jesús es el único candidato válido para el calificativo de “celebridad” en Filipenses 2:6-7: “el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres”.

Jesús, una parte única de la Deidad, se hizo siervo por nosotros y se despojó a sí mismo. Los teólogos lo llaman *kénosis*, cuando la deidad se despoja a sí misma y asume la naturaleza humana. Lo que hubo esa primera mañana de Navidad fue un bebé que había creado a su propia madre. Lo que hubo fue un bebé en un establo que había creado a su propio padrastro, al igual que a los burros, las ovejas y los pastores que lo rodeaban. Había hecho el heno donde estaba acostado. Había formado la tierra en la cual se apoyaba su cama. El día que Jesús entró como un bebé a esta tierra, Dios mismo se hizo carne. Se convirtió en el ser humano más incomparable que jamás haya existido y el único a quien se le debe dar el verdadero estatus de celebridad, como lo dijo el apóstol Pablo en Filipenses 2:9-11: “Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre”.

Además, a diferencia de la mayoría de las celebridades que viajan con una comitiva y mantienen a los demás alejados, Jesús hizo posible que lo conociéramos tanto como queramos. Se hizo accesible a nosotros. Vino para que podamos tener vida y conocer su presencia íntimamente. Y conocerlo nos da acceso a cosas que solo una celebridad como Jesús puede obtener.

A medida que conozcas y entiendas los diferentes nombres y las diferentes descripciones de Jesús a lo largo de este libro y te sometes a su autoridad, descubrirás que puedes recibir el poder de la única y más importante celebridad del universo: Jesús, tu Señor, tu Cristo y tu Dios.

PARTE 1

PODER EN SU
POSICIÓN

Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel.

ISAÍAS 7:14

*Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta, cuando dijo:
He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros.*

MATEO 1:22-23

EMANUEL

Los nombres son importantes. Cuando pronuncias el nombre de una persona, estás hablando de su identidad. Si te acercaras a un grupo de personas que conoces y pidieras hablar con alguien que se llama Álex, sería Álex quien te contestaría, no Chris. La razón por la que Álex respondería es porque ese es su nombre. Esa es su identidad, no la identidad de Chris.

Los nombres son más que nomenclaturas. Los nombres conllevan una identidad. En la Biblia, los padres ponían nombre a sus hijos lo antes posible con la intención de determinar sus esperanzas y sueños. Por eso, los padres elegían un nombre que reflejara lo que el niño estaba destinado a ser.

Los nombres son importantes.

Algunos nombres han quedado en deshonra. No vemos a padres que llamen Adolf Hitler, Judas o Jezabel a sus hijos. Si lo hicieran, la mayoría de la gente se preguntaría por su salud

mental. Algunos podrían preguntar: “¿Por qué le pusiste ese nombre a tu hijo? ¿Sabes qué significa ese nombre?”.

¿Por qué? Porque los nombres son importantes.

Hay otros nombres que, cuando se pronuncian, evocan de inmediato pensamientos que van mucho más allá de sus propias sílabas. Si una persona nombrara a Bill Gates, la mayoría de la gente pensaría en riquezas y logros. Si hablaras de Obama o Trump, suscitarías pensamientos concernientes a un alto cargo o posición... y tal vez fuertes convicciones. Si alguien mencionara a Michael Jordan, nos vendría a la mente el baloncesto y la grandeza. Eso se debe a que un nombre refleja una identidad.

Si los nombres son importantes para nosotros, te puedes imaginar cuánto más importantes son para Dios: el Creador y autor de la humanidad, a cuya imagen fuimos creados.

Los diversos nombres de Dios reflejan su carácter y sus atributos. Él se refiere a sí mismo a lo largo de las Escrituras con diferentes nombres. Cada uno nos acerca a una de sus características y a una conexión relacional con Él, que nos ayuda a identificar quién es Él en cada momento y situación en particular. La diversidad de sus nombres nos permite conocerlo mejor, al igual que entender la cantidad de maneras en que puede obrar, tanto en, como a través de nuestras vidas.

No solo Dios el Padre se identifica con varios nombres significativos, también Jesús, el Hijo de Dios, tiene varios nombres. Antes de estudiar cualquiera de estos, tomemos un tiempo para preparar el escenario. Estás invitado a tomar asiento mientras se levanta el telón y comienza la primera escena que revelará y dará la bienvenida a Jesús a este mundo.

Volvamos nuestra atención a unos 2.000 años atrás.

Un nacimiento único

Un nuevo nacimiento en una familia real, por lo general, viene acompañado de gran pompa y ostentación. Las noticias saturan los medios de comunicación y se hace un gran festejo. Sin embargo, no fue así en el caso de Jesús. Vino como rey, y podría haber nacido en un castillo. Aun así, el bebé nació en un establo de padres que eran humildes y desconocidos. Y llegó casi inadvertido en este mundo. Nadie envió flores. Ninguna niñera ayudó a cambiar sus pañales. Los pocos regalos que recibiría llegarían mucho después.

¿Por qué deberíamos prestar atención a Jesús? Porque el mismísimo corazón del cielo había latido en el vientre de una joven durante los nueve meses previos. Es muy probable que María, la madre de Jesús, apenas una joven adolescente, tuviera una fe más grande que los años que había vivido. De su cuerpo salió la omnipotencia de Dios cubierta por las limitaciones humanas.

Su hijo era carne, huesos, tendones y sangre, aunque también era la perfección de la Deidad. Sintió hambre porque era completamente humano, sin embargo, luego alimentaría a cinco mil personas porque era completamente Dios (Lucas 9:10-17). Tuvo sed porque era completamente humano, sin embargo, un día caminó sobre el agua porque era completamente Dios (Juan 6:16-21). Criado por una joven campesina y un carpintero, crecía en conocimiento (Lucas 2:52), pero también sabía lo que otros pensaban (Mateo 9:3-4).

El nacimiento de Jesús fue como ningún otro, pues en Él, Dios tomó cuerpo de hombre. La Deidad estaba en pañales.

No obstante... ¿Cómo podía una virgen tener un bebé?

Si alguien conocía las dificultades que rodeaban a un

nacimiento virginal, ese era Lucas. Lucas, el escritor del Evangelio que lleva su nombre, era médico de profesión y de cultura griega. Estaba atentamente concentrado en los detalles, la información y el orden. Sus escritos reflejan una estructura y una cuidadosa investigación. Ningún indicio de fábula, mito o ficción circunda sus palabras. Era un erudito e intelectual. Si alguien sabía que una virgen no puede dar a luz, era un médico. Aun así, fue un médico que escribió sobre un nacimiento virginal con la misma fluidez de un médico que escribe notas en la historia clínica de un paciente.

Paciente: María

Historia: Virgen

Estado: Madre

Cuando voy al médico, por lo general hago una lista escrita de las cosas que le quiero preguntar. Tal vez tú también hagas una lista; después de todo, no siempre tenemos la oportunidad de hablar con un médico. Además, el médico tiene poco tiempo. He descubierto que, si no tengo mis preguntas preparadas y escritas, salgo de la cita médica, me subo al auto, y recién ahí me acuerdo de esa pregunta importante que le quería hacer.

Tal vez al haber tratado con sus propios pacientes durante años de práctica, es probable que Lucas aprendiera a anticiparse a las preguntas también. Al considerar lo particular de la situación de María, quizá supuso que la mayoría de las personas se preguntaría cómo podía una virgen tener un bebé. Tal vez esa es la razón por la que decidió aclararlo desde el principio.

Dos veces, en Lucas 1:26-33, decide usar la palabra *virgen*. Dos veces destacó el detalle singular que es decisivo para todo lo demás. Dos veces nos llama la atención con una contradicción tan obvia. A fin de cuentas, ¡todos saben que una virgen no puede tener un hijo!

El énfasis de Lucas destaca el papel de Dios en este acontecimiento. No fue una concepción normal. No pases por alto este detalle. Sin esa distinción, el hijo de María hubiera sido como el de cualquier otro. Sin embargo, en esta concepción y nacimiento únicos, lo inmaterial y lo material se fusionaron. Nobleza se introdujo en la pobreza. La santidad divina se combinó con la humanidad. Dios se hizo hombre.

Mateo no era un médico, pero en su Evangelio da otro testimonio para destacar el nacimiento de una virgen. En la genealogía de nuestro Señor, escribió “y Jacob engendró a José, marido de María, de la cual nació Jesús, llamado el Cristo” (Mateo 1:16).

La expresión *la cual* es importante en este versículo, ya que en griego hace referencia a un pronombre relativo femenino en singular. Ahora bien, no te confundas con todos esos términos. Básicamente, lo que nos dice la terminología es que Jesús fue concebido a través de María, pero no de José. En otras palabras, José era el esposo de María, pero no era el padre de Jesús. Jesús fue concebido por el Espíritu Santo para que su naturaleza humana pudiera estar libre de pecado. Su humanidad tenía, tanto un origen celestial a través del poder del Espíritu de Dios, como un origen terrenal a través de María. El nacimiento virginal franqueó así la transferencia de la naturaleza pecaminosa.

Dios había enviado al ángel Gabriel para comunicar las

circunstancias de la concepción y el nacimiento de Jesús a María. Era muy excepcional tener una visita angelical, y sus palabras fueron aún más inusuales. Sin embargo, como dijo Gabriel, nada de eso debía atemorizar a María porque “Dios es contigo” (ver Lucas 1:28, 30).

Gabriel pasó a señalar a María la función especial que cumpliría Jesús en la historia... y por la eternidad. “Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin” (vv. 32-33).

Como el Mesías y Rey sobre todos, Jesús estableció las reglas de su reinado. Sentó las bases a través de su vida. En su reino, ni la raza, ni el género, ni la riqueza ni la condición social determinan nuestro lugar en Él (Gálatas 3:28). Cristo da fuerza al débil que reconoce su debilidad y confía en Él. El perdón triunfa sobre la amargura, y la cantidad de dinero que posees (o no posees) no importa; lo que importa es el corazón. La importancia en el reino de Jesús está vinculada al servicio (Juan 13:12-17).

El bebé nacido de la virgen, recostado sobre el suave heno de un pesebre, no vino solo para vivir y morir, sino para reinar en poder y gloria. A través de Jesús, el Dios de los cielos ha establecido un reino que jamás será destruido ni entregado a otro pueblo (Daniel 2:44). Su reino e imperio permanecerán para siempre.

María no cuestionó el anuncio de Gabriel, pero sí preguntó: “¿Cómo será esto?” (ver Lucas 1:34). No dudó del poder o la capacidad de Dios, pero sí se preguntó cómo haría el milagro.

La respuesta de Gabriel tiene un profundo significado:

“El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra” (v. 35). Considera esa declaración a la luz de otros pasajes de las Escrituras:

“Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado” (Isaías 9:6). Nota la palabra: *dado*. Dios nos ha dado al Hijo. Como Hijo de Dios, Jesús ya existía, pero vino a la tierra a través de un nacimiento humano. Por esa razón se podría decir que Él creó el universo. Muchos quieren que Jesús siga en el pesebre porque no quieren enfrentarse a su Deidad. Mientras puedan mantenerlo dormido en el establo, no necesitarán reconocer la realidad de que Él es Dios sentado en el trono. No obstante, Él ya era Dios. Por eso, el Hijo tuvo que ser “dado”.

“Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley” (Gálatas 4:4). Pablo recalca la realidad de que la Deidad se fusionó con la humanidad. Dios envió a su Hijo (el Hijo fue “dado”), pero Jesús “nació de una mujer”. Dios se hizo hombre. Este versículo resume con claridad la encarnación de Jesucristo.

Las dos naturalezas de Jesucristo forman lo que los teólogos llaman la *unión hipostática*. Si no sabes qué significa, es solo un término que se usa para referirse a la realidad de que Jesús está conformado por una Deidad intacta y una humanidad perfecta. No fue menos Dios cuando se hizo humano. María no dio a luz a ambos Dios y hombre. Jesús no era 50% humano y 50% Dios. Mejor dicho, María dio a luz al Dios-hombre: Dios con nosotros, Emanuel. Leemos en Colosenses 1:19: “Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud”.

Muchas veces, la Biblia iguala a Jesús y Dios, y refuerza esta relación. Génesis 1:1 dice que Dios creó la tierra, y Colosenses

1:16 señala que Jesucristo creó todas las cosas. Entonces, o tenemos dos creadores, o el Dios de Génesis 1:1 es también el Dios de Colosenses 1:16. Jesucristo es distinto de Dios el Padre en su persona, pero es igual al Padre en su deidad. Tomó un cuerpo de hombre, al nacer como un bebé en un mundo de tinieblas. Vino con el propósito de hacer que el Dios invisible fuera visible para nosotros en la historia.

El nacimiento de Jesús no fue como el de ningún otro, porque Él no es como ningún otro. Jesús vino a la tierra como el Hijo de Dios para que conozcamos a Dios y lo experimentemos más plenamente. Esa fue su llegada. Ese fue su nacimiento. Realmente, no fue como el de ningún otro. ¿Por qué? Porque Jesús no es como ningún otro. Y una de las maneras en que tú y yo podemos conocerlo mejor, y experimentar el poder que Él nos ofrece cada día, es al conocer sus nombres y cómo Él decide revelarse a nosotros en la tierra.

Fíjate que Jesús podría haber venido a un castillo y haberse presentado como rey, pero la mayoría de nosotros, que somos de los estratos comunes de la sociedad, nunca habríamos podido identificarnos con Él. En cambio, Jesús nació en un establo, en la aldea insignificante de Belén. No tenía una almohada donde recostar su cabeza. Sus padres eran humildes, jóvenes y desconocidos. La sociedad a la que vino era un caos. Esa es una vida con la que muchos de nosotros nos podemos identificar. De alguna manera podemos identificarnos con sus luchas, sus carencias y sus pérdidas. Podemos sentir como si Él fuera “uno como nosotros”.

Dios nos dio a un Salvador que pudiéramos entender. Al entender a Jesús y conocer sus nombres, podemos conocer y entender mejor a Dios también. Juan 1:18 dice: “A Dios

nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer”.

Si alguien viene a ti y alega haber visto a Dios, estás frente a un mentiroso o un individuo confundido. Las Escrituras dicen que nadie ha visto a Dios. Los frágiles cuerpos humanos no fueron diseñados para soportar la presencia de su gloria. Es como mirar directo al sol. No se puede y no se debería hacer. Esa mirada directa no puede soportar tanto poder.

Entonces, ¿cómo podía Dios revelarse a nosotros en su plenitud sin evaporarnos? Respuesta: Él se revela en su plenitud en Jesús. Conocer a Jesús es conocer a Dios.

Felipe había sido uno de los discípulos de Jesús por casi tres años cuando se le ocurrió hacer una interesante petición. Le dijo: “Muéstranos el Padre, y nos basta” (Juan 14:8). La respuesta de Jesús pone su propósito en perspectiva: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (v. 9).

Jesús tomó todo lo que había para conocer a Dios y lo colocó sobre un estante que pudiéramos alcanzar. Jesús es la revelación completa de Dios. Por eso no puedes ignorar a Jesús y llegar a Dios. No puedes pasar por sobre Jesús e ir directo a Dios. No puedes negar a Jesús y conocer a Dios. Jesús es el Hijo unigénito: el único. Es *Dios con nosotros*. Es Emanuel.

Dios con nosotros

Una llave maestra está diseñada para abrir varias puertas; y Jesús es nuestra llave maestra para llegar a Dios. Nos revela el corazón, la mente y la naturaleza de Dios. A través de Jesús podemos descubrir la profundidad de su poder. A través de Él podemos comprender la plenitud de su amor. Sin Jesús,

nunca hubiéramos tenido entrada a la presencia de Dios. No solo eso, sino que además estaríamos limitados en nuestro entendimiento de su carácter absoluto. Ningún otro nombre de Jesús refleja la naturaleza del corazón de Dios hacia nosotros como Emanuel, por eso decidí comenzar con este nombre. Lo vemos en Mateo 1:22-23, y prepara el escenario para todos los que le siguen:

Todo esto aconteció para que se cumpliera lo dicho por el Señor por medio del profeta, cuando dijo: He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros.

Encontramos el significado de Emanuel en el mismo pasaje: “Dios con nosotros”. Sin embargo, el contexto de ese significado solo puede hallarse en los escritos de Isaías, al que Mateo hace referencia aquí. En los tiempos cuando Isaías escribió sobre Emanuel, el pueblo de Dios estaba experimentando el ataque del enemigo. Estaba viviendo una realidad catastrófica. El rey no encontraba la manera segura de obtener la victoria para su propio reino o nación. En medio de semejante temor, ansiedad y terror, Dios aparece y anuncia al rey Acáz que le daría una señal de victoria. No sería cualquier señal. Una virgen daría a luz un hijo (ver Isaías 7:1-14).

Se profetizó que, cuando vieran esa señal, llegaría la victoria. También se prometió que, cuando ocurriera, sería un recordatorio continuo de la presencia de Dios con los suyos, a pesar del ataque que estaban experimentando.

El nombre Emanuel se originó dentro de un contexto de dolor, desesperación, pérdida, duda, temor y caos. Emanuel

vino al mundo en medio de una crisis. No es un nombre que solo debemos recordar en Navidad mientras cantamos villancicos y bebemos chocolate caliente. No, Emanuel es un nombre que nos da consuelo cuando estamos en los peores momentos.

Una de las primeras cosas que debes saber de Jesús es que no importa por lo que hayas pasado o estés pasando, Él está contigo. No importa cuán difíciles sean las pruebas que enfrentes, Dios está contigo. No importa la cantidad de enemigos que te ataquen (tanto interna como externamente), Dios está contigo. Sean cuales sean tus luchas o aquello que estés enfrentando, soportando o resistiendo hasta el agotamiento, Dios está contigo. El nacimiento de Jesucristo no es solo la llegada de nuestro Salvador al mundo, sino también la llegada de la promesa de victoria de Dios y su presencia en medio de una dolorosa realidad que todos conocemos muy bien.

Amigo, Dios está contigo. Jesús vino para que conozcamos mejor a Dios y experimentemos la magnitud de su poder, mientras Él trata con nuestros pecados y nuestras circunstancias.

Esta es una de las principales cosas que quiero que comprendas mientras comenzamos nuestro estudio de los nombres de Jesús. No importa por lo que hayas pasado, no estás solo. No importan las dificultades que amenacen con hundirte, puedes superarlas. No importan las pruebas que enfrentes, grandes o pequeñas, la victoria de Dios es para ti porque su presencia está contigo. No estás enfrentando nada solo.

Cuando Mateo presenta el nombre Emanuel en su referencia a Isaías, recuerda el contexto de la profecía a sus lectores, que estaban sufriendo bajo la opresión romana. Les

asegura la presencia de Dios en tiempos de decadencia y adversidad. Enfatiza que la llegada de Emanuel a nuestro mundo era un recordatorio de Dios a cada uno de nosotros; aun (y tal vez en especial) cuando las cosas no están a nuestro favor. Jesús es Dios encarnado. Colosenses 1:15 lo expresa de esta manera: “Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación”. Él es “la imagen misma” de Dios (Hebreos 1:3).

Cuando hablamos de Jesús (Emanuel), hablamos de Dios mismo. No estamos hablando solo de un hombre que vivió y murió en la tierra. Es Dios encarnado. Una y otra vez encontramos en las Escrituras que Jesús manifiesta la plenitud de la Deidad, que es solo Dios. Aun cuando se trata de los nombres de Dios, Jesús los ejemplifica y los encarna. Veamos algunos ejemplos de “Dios con nosotros”:

- En el Antiguo Testamento se nombra a Dios como Elohim, que significa Dios Creador. El Nuevo Testamento declara que Jesús mismo es el creador de todas las cosas (Colosenses 1:16).
- También se conoce a Dios como Jehová, el gran Yo Soy. Cuando Jesús vino, dijo: “Antes que Abraham fuese, yo soy” (Juan 8:58).
- Conocemos a Dios como Jehová Nissi, que significa: Él es mi bandera de victoria. En el Nuevo Testamento, Jesús declaró: “He vencido al mundo” (Juan 16:33).
- Uno de los nombres de Dios es Jehová Rohi, que significa: el Señor es nuestro pastor. Jesús vino a

nosotros como el buen pastor y sus ovejas conocen su voz (Juan 10:4, 11).

- Dios se llama también Jehová Sabaoth. Este nombre se refiere a Él como Dios de los ejércitos. Jesús dijo que podría llamar a doce legiones de ángeles para que pelearan por Él, quien comanda los ejércitos de los cielos (Mateo 26:53).
- Otro nombre de Dios es El Elyón, que significa el Dios Altísimo, el más alto. Jesús se sienta a la derecha del Padre, en las alturas (Efesios 1:20-21).
- Un nombre muy popular para Dios en nuestra cultura de hoy es El Shaddai, que significa Dios Todopoderoso. Las Escrituras hablan de Jesús en los mismos términos cuando dice que Jesucristo es el Señor Todopoderoso (Apocalipsis 1:8).

Jesús es Dios en todas sus formas. Si quieres conocer los nombres de Jesús, solo fíjate en los nombres de Dios, pues Jesús es el cumplimiento de cada nombre de Dios. Y ha venido como Emanuel, “Dios con nosotros”, para revelarnos a Dios. Si alguna vez te confunde saber quién es Dios y cómo es Él, todo lo que debes recordar es Emanuel.

¿Por qué nos envió Dios a Emanuel en vez de simplemente revelarse a sí mismo? Dios es de naturaleza trascendente. Trasciende a nuestra dimensión. Es infinitamente distinto a su creación; está en otra esfera. Aun así, Dios quería estar con nosotros. Deseaba habitar entre nosotros. Y esto solo podía ocurrir a través de una unión hipostática, por medio de la fusión de dos naturalezas en una persona (Jesús) que

permaneciera puro para siempre. Jesús es tanto divino como humano, por lo que puede llamarse tanto Hijo de Dios como Hijo del Hombre.

Hebreos 10:5-7 nos ofrece una visión del propósito y el plan de Emanuel:

Por eso, al entrar en el mundo, Cristo dijo: “A ti no te complacen sacrificios ni ofrendas; en su lugar, me preparaste un cuerpo; no te agradaron ni holocaustos ni sacrificios por el pecado. Por eso dije: ‘Aquí me tienes —como el libro dice de mí—. He venido, oh Dios, a hacer tu voluntad’” (NVI).

Primero, Jesús dijo: “a ti no te complacen sacrificios ni ofrendas... no te agradaron ni holocaustos ni sacrificios por el pecado”, aunque se ofrecieran conforme a la ley. Luego dijo “Aquí me tienes... he venido, oh Dios, a hacer tu voluntad”. Deja de lado lo primero para establecer lo segundo.

La encarnación era pertinente para que se cumpliera la voluntad de Dios. Se hizo un sacrificio perfecto por los pecados de la humanidad. En medio de ese regalo encarnado, descubrimos que Dios se colocó a sí mismo en un contexto donde lo pudiéramos conocer de una manera más íntima y personal.

Él es “Dios con nosotros”. Es Dios *contigo*.

Desde el principio de este mundo hasta su fin, no hay lugar donde puedas mirar y no ver a Dios revelado a través de Jesús. Él está en todas partes. Colosenses 1:17 resume su extensión y magnitud mejor que cualquier otro versículo: “Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten”.

Elige a Emanuel

Se cuenta la historia de un hombre rico que había perdido a su amado hijo, y luego él también murió. A lo largo de su vida había acumulado una numerosa cantidad de bienes de lujo, costosos y extravagantes, que después de su muerte se ofrecieron en una subasta. Al conocer el gusto exquisito en muebles, obras de arte y otros objetos de este hombre, cientos de personas vinieron a la subasta.

El día comenzó, aunque con una pieza por la cual la mayoría no mostró ningún interés. El subastador presentó una pintura enmarcada en un recuadro barato, y anunció: “La primera pieza que ofrecemos el día de hoy es este retrato del único hijo del hombre”. Hizo una pausa para que todos tuvieran la oportunidad de verlo y luego continuó: “¿Hay alguna oferta?”.

La sala enmudeció, mientras nadie levantaba la mano para ofertar por ese retrato. Habían ido en busca de algunas de las piezas y objetos de artesanía costosos, no por algo tan simple como eso. El subastador se quedó en silencio, sin decir una palabra (algo que no es frecuente en los subastadores); pero podía ver por la expresión en el rostro de los concurrentes que realmente eso no era lo que querían comprar. Aun así, repitió una vez más: “¿Hay alguna oferta? ¿Alguno quiere el retrato del hijo de este hombre?”.

Justo en ese momento, en el fondo de la sala, un anciano dio un paso al frente y dijo: “Señor, yo era el sirviente del hombre que murió, y si nadie se lleva el retrato de su hijo, me gustaría llevármelo”.

El subastador dijo: “Una vez más, ¿hay alguien que haga una oferta por este retrato?”. Sin embargo, nadie lo quiso. Así que dijo al sirviente: “Aquí tiene. El retrato es suyo”.

El sirviente anciano caminó lentamente hacia el frente para tomar el retrato. Con una tierna mirada al retrato del hijo, lo puso bajo su brazo y se fue hacia el fondo del salón. Para sorpresa de muchos, el subastador bajó el martillo y anunció: “La subasta ha terminado”.

Todos se miraron desconcertados, y alguien dijo: “¿Qué? No ha mostrado ninguna de las piezas costosas que estaban a la venta. ¿Cómo puede haber terminado la subasta?”.

El subastador contestó: “El testamento del padre declara que la subasta debía comenzar con el retrato de su hijo. El valor que tenía para él su hijo era tan grande, que estipuló que, aquel que se quedara con ese retrato, heredara todo”.

Básicamente, aquel que tenía al hijo lo tenía todo. Aquel que no tenía al hijo no tenía nada.

A veces somos como esos compradores en la subasta. Vamos por todos lados y observamos todas las demás cosas en venta, pero Dios nos está diciendo: “Yo he venido para darles vida y vida en abundancia; pero esa vida solo se encuentra unida a mi Hijo. Si tienen a mi Hijo, tienen vida eterna y todo lo que viene con la vida eterna”. Las Escrituras lo expresan con claridad en el libro de Romanos: “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (8:32).¹

Cuando permaneces en Jesús, tienes acceso a todo lo que el Dios Padre tiene para ti. Y conocer y entender los nombres de Jesús, te ayuda a descubrir la manera de permanecer

1. Parte del capítulo 1 ha sido adaptado del libro *The Power of the Cross: Putting it to Work in Your Life* de Tony Evans (© 2016). Publicado por Moody Publishers. Usado con permiso. Publicado en español por Portavoz con el título *El poder de la cruz*.

más en Él. Conozcamos a Jesús, Emanuel, como debemos conocerlo y, así, recibamos el poder que Él nos quiere dar (Juan 10:10).

*Así dice Jehová Rey de Israel, y su Redentor,
Jehová de los ejércitos: Yo soy el primero, y yo
soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios.*

ISAÍAS 44:6

*He aquí yo vengo pronto, y mi galardón
conmigo, para recompensar a cada uno según
sea su obra. Yo soy el Alfa y la Omega, el
principio y el fin, el primero y el último.*

APOCALIPSIS 22:12-13